

LA LUCHA DE INTERESES DE GRUPO

LUDWIG VON MISES*

I

Aplicar el término «tensiones de grupo» para referirse a los antagonismos de nuestro tiempo es, desde luego, un eufemismo. Lo que tenemos ante nosotros son conflictos en apariencia irreconciliables y que desembocan en una sucesión casi continua de guerras, guerras civiles y revoluciones. Cuandoquiera que hay paz, la razón no es, por supuesto, un amor por ella basado en principios filosóficos, sino el hecho de que los grupos implicados no han concluido aún sus preparativos para la contienda y, por razones de conveniencia, aguardan un momento más propicio para asestar el primer golpe.

Mientras luchan entre sí, los hombres no cuestionan el consenso en torno a las doctrinas sociales contemporáneas. Es un dogma aceptado de manera casi unánime que existen conflictos irreconciliables de intereses de grupo. Las opiniones sí difieren, y mucho, tan sólo respecto cuáles hay que considerar que son los auténticos grupos y, en consecuencia, cuáles son los auténticos conflictos. Los nacionalistas llaman grupos auténticos a las naciones (lo que en Europa significa grupos lingüísticos), los racistas lo

* Traducción de Cristián Pérez García. Este ensayo de Ludwig von Mises se publicó por primera vez como «The clash of group interests», en Lyman Bryson, Louis Finkelstein y Robert M. MacIver (eds.), *Approaches to national unity: a symposium*, Harper and Brothers, Nueva York, 1.ª ed., 1945. Con posterioridad se reeditó, junto con el prefacio de Murray Rothbard y otros ensayos breves de von Mises, en *The clash of group interests and other essays*, Center for Libertarian Studies, Nueva York, 1.ª ed., 1978, pp. 1-12. Una nueva reedición, con el prefacio acortado y acompañada de otros ensayos del autor, vio la luz en *The clash of group interests*, Ludwig von Mises Institute, Auburn, 1.ª ed., 2011, pp. 1-26. Entre ambas, podemos encontrarlo también en la recopilación realizada por Margit von Mises, esposa del autor, en *Money, method, and the market process*, Kluwer Academic Publishers, Norwell, 1.ª ed., 1990, pp. 202-214. Esta traducción respeta en su esencia las notas editoriales de las citadas reediciones y las notas del autor. (N. del t.).

llaman a las razas y los marxistas, a las «clases sociales», pero respecto a lo que sí hay unanimidad es que un auténtico grupo no puede prosperar si no es a costa de otros. El estado natural de las relaciones entre grupos, de acuerdo con esta perspectiva, es el conflicto.

Esta filosofía social se ha mantenido a salvo de cualquier crítica invocando el principio del polilogismo. Marx, Dietzgen y todos los radicales habidos entre los representantes de la «sociología del conocimiento» enseñan que la estructura lógica de la mente difiere según la clase social. Si un hombre se desvía de las enseñanzas del marxismo, la razón es o bien que es miembro de una clase no proletaria y, por tanto, incapaz por naturaleza de comprender la filosofía proletaria, o bien, si es un proletario, que no es más que un traidor. Las objeciones planteadas contra el marxismo carecen de toda validez porque sus autores son «lacayos de la burguesía». De igual modo, los racistas alemanes sostienen que la lógica de las diversas razas es, en esencia, diferente. Los principios de la lógica «no aria» y las teorías científicas que resultan de su aplicación no son válidos para los «arios».

Ahora bien, si esto fuese así, entonces la cooperación humana pacífica sería una causa perdida. Si los miembros de los diferentes grupos ni siquiera logran ponerse de acuerdo sobre los teoremas matemáticos y físicos y las cuestiones de la biología, entonces jamás podrán hallar la clave para un funcionamiento fluido de la organización social.

Cierto es que la mayoría de nuestros coetáneos, al hacer profesión de polilogismo, no llegan tan lejos como los más coherentes marxistas, racistas, etc. Sin embargo, una doctrina perversa no resulta menos censurable por la timidez y la moderación con que se expresa. Es un hecho que la actual ciencia social y política hace amplio uso del polilogismo, aunque sus adalides se guarden mucho de exponer de manera clara y abierta sus fundamentos filosóficos. Así, por ejemplo, la teoría ricardiana del comercio exterior se desecha, sin más trámite, con señalar que formaba parte de la «superestructura ideológica» de los intereses de clase de la burguesía británica del siglo XIX. Quienquiera que se oponga a las doctrinas de moda sobre la injerencia gubernamental en la economía o sobre el sindicalismo se despacha, en terminología

marxista, como defensor de los injustos intereses de clase de los «explotadores».

La manera en que los científicos sociales, historiadores, editores y políticos emplean los términos «capital» y «mano de obra» o abordan los problemas del nacionalismo económico es la prueba de que han asumido por completo la doctrina del conflicto irreconciliable de intereses de grupo. Si es cierto que tales conflictos irreconciliables existen, entonces ni la guerra internacional ni la civil pueden evitarse.

Nuestras guerras y guerras civiles no contradicen las doctrinas sociales aceptadas de manera general en nuestros días. Son, de hecho, su resultado lógico.

II

La primera pregunta que debemos responder es: ¿qué integra cada uno de estos grupos sobre cuyos intereses discutimos?

Bajo un sistema de castas, la respuesta es obvia. La sociedad se divide en castas rígidas. Pertenecer a una casta asigna a cada individuo ciertos privilegios (*privilegia favorabilia*) o ciertos agravios (*privilegia odiosa*). Por regla general, un hombre hereda de sus padres su condición de miembro de la casta, pasa toda su vida en ella y lega su estatus a sus hijos. El vínculo entre su sino y el de su casta es indisoluble. No puede esperar que sus condiciones mejoren si no mejoran las condiciones de su casta o estamento. Así, se impone la solidaridad de intereses entre todos los integrantes de cada casta y el conflicto de intereses entre ellas. Cada casta privilegiada aspira a obtener nuevos privilegios y a preservar los antiguos. Cada casta desfavorecida aspira a abolir sus agravios. Dentro de una sociedad de castas hay un antagonismo irreconciliable entre los intereses de las múltiples castas.

El capitalismo ha sustituido el antiguo sistema de castas por la igualdad ante la ley. En una sociedad de libre mercado, según dicen los economistas liberales¹, no hay ni privilegiados ni desfavorecidos.

¹ [Mises emplea el término «liberal» en el sentido que se le daba en Europa en el s. XIX, es decir, como referencia al *laissez faire*]. (El texto entre corchetes es la única nota

No hay castas ni, por tanto, conflictos entre castas. Prevalece la plena armonía de los intereses bien entendidos (como decimos hoy, a largo plazo) de todos los individuos y de todos los grupos. El economista liberal no discute que un privilegio concedido a un determinado grupo de personas puede satisfacer los intereses a corto plazo de tal grupo a costa del resto de la nación. Un arancel sobre las importaciones de trigo aumenta el precio del trigo en el mercado nacional y, por ello, incrementa los ingresos de los agricultores locales. (En la medida en que no es éste un ensayo sobre cuestiones económicas, no necesitamos detallar la situación de mercado necesaria para que el arancel produzca este efecto). Sin embargo, es poco probable que los consumidores, que son la gran mayoría, toleren por mucho tiempo un estado de cosas que los perjudica para exclusivo beneficio de los productores de trigo. O bien abolirán el arancel, o bien tratarán de procurarse una protección similar para ellos mismos. Si todos los grupos disfrutan de privilegios, entonces los únicos beneficiados reales serán aquéllos a los que se privilegie en mucho mayor grado que al resto. Con un mismo privilegio para cada grupo, cuanto un hombre se beneficie en su condición de productor y vendedor lo absorberán, por otra vía, los más altos precios que deberá pagar en su condición de consumidor y comprador. No obstante, más allá de esto, todos terminan perdiendo, pues el arancel desplaza la producción de los lugares que ofrecen las condiciones de producción más favorables a otros lugares que ofrecen condiciones menos favorables y, así, reduce el importe total de la renta nacional. Los intereses a corto plazo de un grupo pueden satisfacerse con un privilegio a costa de otras personas. Los intereses bien entendidos, es decir, los intereses a largo plazo se satisfacen mejor, sin duda, en ausencia de cualquier tipo de privilegio.

El hecho de que las personas ocupen la misma posición dentro del esquema de una sociedad de libre mercado no conlleva solidaridad alguna de sus intereses a corto plazo. Al contrario, es, de hecho, esta igual posición dentro del sistema de división del trabajo y cooperación social lo que los convierte en competidores y rivales. El conflicto a corto plazo entre competidores puede

conducir a la solidaridad de intereses bien entendidos de todos los miembros de una sociedad capitalista, pero jamás producirá ni solidaridad grupal ni antagonismo entre los intereses del grupo y los del resto de la sociedad mientras no haya privilegios para ningún grupo. Bajo el libre comercio, los fabricantes de zapatos no son más que competidores. Sólo pueden formar un grupo con solidaridad de intereses cuando aparece un privilegio, como, por ejemplo, un arancel sobre los zapatos (*privilegium favorabile*) o una ley que los discrimine en beneficio de otras personas (*privilegium odiosum*).

Fue contra esta doctrina contra la que Karl Marx expuso la del irreconciliable conflicto de intereses de clase. No hay castas bajo el capitalismo y la democracia burguesa. Sin embargo, sí hay clases sociales, los explotadores y los explotados. Los proletarios tienen un interés común: abolir el sistema de salarios y establecer la sociedad sin clases del socialismo. Los burgueses, por su parte, están unidos en su esfuerzo por preservar el capitalismo.

La doctrina de la guerra de clases de Marx se basa por completo en su análisis de cómo funciona el sistema capitalista y en cómo valora el modo de producción socialista. Hace tiempo que se desacreditó su análisis económico del capitalismo por ser del todo falaz. La única razón que Marx esgrimió para demostrar que el socialismo era un sistema mejor que el capitalismo fue su pretensión de haber descubierto la ley de la evolución histórica; a saber, que el socialismo está llamado a acontecer con «la inexorabilidad de una ley de la naturaleza». Estaba por completo convencido de que el curso de la historia era un progreso continuo desde modos de producción social inferiores y menos deseables hacia modos superiores y más deseables y que, por tanto, cada estadio de la organización social debía ser, por necesidad, un mejor de lo que habían sido los anteriores, ergo no podía haber en él duda alguna sobre las bondades del socialismo. Habiendo dado por sentado de una manera bastante arbitraria que el futuro de la humanidad pasaba por el socialismo, creyó haber hecho todo cuanto necesitaba para demostrar la superioridad del socialismo. Marx no sólo evitó hacer ningún análisis de una economía socialista, sino que proscribió tales estudios por considerarlos del todo «utópicos» y «anticientíficos».

Cada página de la historia de los últimos cien años refuta el dogma marxista de que, de modo necesario, los proletarios tienen

una conciencia internacional y saben que hay una inquebrantable solidaridad de intereses entre los asalariados a lo largo y ancho del mundo. Los delegados de los partidos «obreros» de varios países han estrechado lazos en las diversas Asociaciones Internacionales de Trabajadores. Sin embargo, mientras se entregaban a la charla ociosa sobre la camaradería y fraternidad internacionales, los grupos de presión obreros de varios países estaban ocupados luchando entre sí. Los trabajadores de los países, en comparación, infrapolados protegen, por medio de barreras a la inmigración, su mayor nivel salarial frente a la tendencia a la equiparación salarial, inherente a un sistema de libre movilidad de la mano de obra de un país a otro. Pretenden garantizar el éxito en el corto plazo de sus políticas «obreras» a base de impedir que las mercancías producidas en el extranjero accedan al mercado interno de sus países. Así, producen tensiones que desembocarán en una guerra cuandoquiera que los perjudicados por tales políticas pretendan eliminar por medio de la violencia las medidas de gobiernos extranjeros que resultan perjudiciales para su propio bienestar.

Nuestra época rebosa serios conflictos de intereses económicos de grupo. Sin embargo, estos conflictos no son inherentes al funcionamiento de una economía capitalista libre de trabas. Son el inevitable resultado de las políticas gubernamentales que interfieren en el funcionamiento del mercado. No son conflictos entre clases marxistas. Son consecuencia de que la humanidad haya retornado a los privilegios de grupo y, así, a un nuevo sistema de castas.

En una sociedad capitalista, la clase propietaria la forman personas que han tenido éxito al satisfacer las necesidades de los consumidores, así como sus herederos. Sin embargo, el mérito y el éxito pasados sólo les dan sobre el resto una ventaja temporal y en todo momento disputada. No sólo compiten sin cesar entre sí, sino que tienen que defender a diario su elevada posición frente a recién llegados que aspiran a eliminarlos. El funcionamiento del mercado elimina sin cesar a los capitalistas y empresarios incapaces y los reemplaza con nuevos ricos. Una y otra vez hace ricos a los pobres y pobres a los ricos. Los rasgos característicos de la clase propietaria son que reemplaza de manera constante a sus miembros, que el acceso a ella está abierto a todo el mundo, que permanecer en ella

requiere una ininterrumpida sucesión de operaciones comerciales exitosas y que sus miembros están divididos unos contra otros por la competencia. Al hombre de negocios exitoso no le interesa una política que proteja a los capitalistas y empresarios incapaces frente a las vicisitudes del mercado. Sólo los capitalistas y empresarios incompetentes (en su mayoría, de segunda y posteriores generaciones) tienen un egoísta interés en tales medidas «de estabilización». Sin embargo, en un mundo de capitalismo puro, comprometido con los principios de una política de consumidores, no tienen ninguna posibilidad de procurarse tales privilegios.

Empero, la nuestra es una época de política de productores. Las actuales doctrinas «heterodoxas» consideran que la principal labor de un buen gobierno es colocar palos en las ruedas a los innovadores exitosos, para exclusivo beneficio de competidores menos eficientes y a costa de los consumidores. En los países más industrializados, lo más distintivo de esta política es la protección de la agricultura nacional frente a la competencia de la agricultura extranjera, que trabaja bajo condiciones físicas más favorables. En los países más agrícolas, por el contrario, lo es la protección de la industria nacional frente a la competencia de industrias extranjeras, que producen con costes más bajos. Se trata de un retorno a las políticas económicas restrictivas abandonadas por los países liberales a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Si no se hubiesen desechado entonces estas políticas, jamás se habría alcanzado el maravilloso progreso económico de la era capitalista. Si los países europeos no hubiesen abierto sus fronteras a las importaciones de productos estadounidenses, como algodón, tabaco, trigo, etc., y si las viejas generaciones de estadounidenses hubiesen restringido con celo la importación de productos europeos, entonces los Estados Unidos nunca habrían alcanzado su actual grado de prosperidad económica.

Es esta denominada política de productores lo que hace que conjuntos de personas que, de otro modo, se considerarían unas a otras meras competidoras se integren en grupos de presión con intereses comunes. Cuando aparecieron los ferrocarriles, los cocheros no podían plantearse una acción conjunta contra este nuevo competidor. El clima de opinión habría hecho fútil semejante esfuerzo. Sin embargo, hoy los fabricantes de mantequilla combaten con éxito a la margarina y los músicos, a la música grabada. Los actuales conflictos

internacionales tienen el mismo origen. Los agricultores estadounidenses pretenden restringir el acceso de los cereales, el ganado y la carne argentinos. Los países europeos actúan de la misma manera contra los productos estadounidenses y australianos.

Las causas radicales de los actuales antagonismos entre grupos han de verse en el hecho de que estamos en vías de volver a un sistema de castas rígidas. Australia y Nueva Zelanda son países democráticos. Si obviásemos el hecho de que sus políticas internas alimentan grupos de presión nacionales enfrentados entre sí, podríamos decir que han construido sociedades homogéneas con igualdad ante la ley. Sin embargo, en virtud de sus leyes de inmigración, que impiden el acceso al país tanto a inmigrantes de color como a los blancos, se ha aglutinado a todos sus ciudadanos en una casta privilegiada. Sus ciudadanos tienen ocasión de trabajar bajo condiciones que garantizan una mayor productividad del trabajo de cada individuo y, por consiguiente, salarios más altos. Los trabajadores y agricultores extranjeros no admitidos se ven impedidos de disfrutar tales oportunidades. Si un sindicato de los Estados Unidos impide el acceso a su industria a los estadounidenses de color, entonces convierte la diferencia racial en un atributo de casta.

No tenemos por qué detenernos a considerar si es cierto o no que para preservar y, más allá, desarrollar la civilización occidental es necesario mantener la segregación geográfica de los múltiples grupos raciales. El objetivo de esta obra es abordar los aspectos económicos de los conflictos de grupo. Aun si fuese cierto que las consideraciones raciales hacen desaconsejable ofrecer una salida a la población de color de las áreas, en términos relativos, superpobladas, esto no contradeciría la afirmación de que en una sociedad capitalista libre de trabas no hay conflictos irreconciliables de intereses de grupo. Tan sólo demostraría que los factores raciales hacen desaconsejable llevar el principio del capitalismo y la economía de mercado hasta sus últimas consecuencias y que el conflicto entre las diversas razas es irreconciliable por razones, por lo general, denominadas no económicas. Ello, desde luego, no refutaría la afirmación liberal de que en una sociedad de libre empresa y libre movilidad de personas, mercancías y capital no hay conflictos irreconciliables entre los intereses bien entendidos de los diversos individuos y grupos de individuos.

III

La creencia de que existe un conflicto irreconciliable de intereses de grupo es ya antigua. Ésta era la proposición esencial de la doctrina mercantilista. Los mercantilistas fueron lo bastante coherentes como para deducir de este principio que la guerra era un patrón inherente y eterno en las relaciones humanas. El mercantilismo era una filosofía de guerra.

Me gustaría traer a colación dos manifestaciones tardías de esta doctrina. La primera es una cita de Voltaire. En los días de Voltaire ya se había roto el hechizo del mercantilismo. La fisiocracia francesa y la economía política británica estaban a punto de ocupar su lugar. No obstante, Voltaire no estaba aún familiarizado con las nuevas doctrinas, pese a que uno de sus amigos, David Hume, era su principal exponente. Así, en 1764 escribió en su *Dictionnaire philosophique*: «être bon patriote, c'est souhaiter que su ville s'enrichisse par le commerce et soit puissante par les armes. Il est clair qu'un pays ne peut gagner sans qu'un autre perde, et qu'il ne peut vaincre sans faire des malheureux»². Tenemos aquí en bonito francés la fórmula de la guerra moderna, tanto económica cuanto militar. Más de ochenta años después encontramos otra cita. Su francés es menos perfecto, pero su estilo es más brutal. Dice el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, posterior emperador Napoleón III: «La quantité des marchandises qu'un pays exporte est toujours en raison directe du nombre des boulets qu'il peut envoyer à ses ennemis, quand son honneur et sa dignité le commandent»³.

Contra los presupuestos de semejantes opiniones debemos blandir los logros de los economistas clásicos y de las políticas

² [«Ser un buen patriota es esperar que su ciudad se enriquezca por medio del comercio y sea fuerte por la vía de las armas. Está claro que un país no puede ganar sin que otro pierda y que no puede vencer sin hacer al resto miserables»]. (El texto entre corchetes es una nota editorial añadida en la edición de 1978. Tan sólo se cambia la traducción al inglés por una traducción al español. [N. del t.]).

³ *Extinction du pauperisme*, París, 1848, p. 6. [«La cantidad de mercancías que exporta un país está siempre en relación directa con la cantidad de balas que puede enviar contra sus enemigos cuando su honor y dignidad lo exigen»]. (El texto entre corchetes, de nuevo, es una nota editorial de 1978, sustituida ahora también por una traducción al español. [N. del t.]).

liberales inspiradas por ellos. Por primera vez en la historia de la humanidad, surgió una filosofía social que demostraba posible la armoniosa concordia de los intereses bien entendidos de todos los hombres y de todos los grupos de hombres. Por primera vez, el mundo conoció una filosofía de cooperación humana pacífica. Supuso que los criterios morales tradicionales se desmoronasen de manera radical. Se estableció un nuevo código ético.

Todas las antiguas escuelas morales eran heterónomas. Veían la ley moral como una restricción impuesta sobre el hombre por los insondables decretos del Cielo o por la misteriosa voz de la conciencia. Aunque un grupo poderoso tuviese la capacidad de incrementar su propio bienestar terrenal a base de dañar a grupos más débiles, debería cumplir la ley moral y renunciar a satisfacer sus egoístas intereses a costa de los débiles. La observancia de la ley moral implica sacrificar alguna ventaja que el grupo o el individuo podrían asegurar.

A la luz de la doctrina económica, las cosas son por completo diferentes. No hay, en una sociedad de mercado sin trabas, conflictos entre los intereses egoístas bien entendidos de los diversos individuos y grupos. En el corto plazo, un individuo o un grupo pueden beneficiarse de vulnerar los intereses de otros grupos o individuos. Sin embargo, en el largo plazo, al permitirse tales actos, lesionan sus egoístas intereses tanto como los de las personas a las que perjudicaron. El sacrificio que un hombre o un grupo hacen al renunciar a algunas ganancias a corto plazo, con el que evitan poner en peligro el pacífico funcionamiento del aparato de cooperación social, es tan sólo temporal. Se trata de renunciar a un pequeño beneficio inmediato para obtener, en el largo plazo, ventajas mayores en un grado incomparable.

Tal es el núcleo de las enseñanzas morales del utilitarismo del siglo XIX. Observa la ley moral por tu propio bien, no por miedo al infierno ni por el bien de otros grupos, sino por tu propio beneficio. Renuncia al nacionalismo económico y a la conquista, no por el bien de extranjeros y extraños, sino por el beneficio de tu propia nación y estado.

Fue la parcial victoria de esta filosofía lo que hizo posibles los maravillosos logros económicos y políticos del capitalismo moderno. Es mérito suyo que hoy viva sobre la superficie de la tierra mucha más gente que en vísperas de la «revolución industrial» y que en los países

más adelantados en la senda del capitalismo las masas disfruten de una vida más cómoda que los acomodados de épocas precedentes.

Las bases científicas de la ética utilitarista eran las enseñanzas de la economía. La ética utilitarista fluye con la economía.

Razonaríamos, por supuesto, de manera deficiente si asumiésemos de antemano que tal ciencia de la economía es posible y necesaria sólo por el hecho de que aprobamos aplicarla al problema de cómo preservar la paz. Que haya una regularidad en los fenómenos económicos y sea posible un estudio científico y sistemático de las leyes económicas no debe postularse *a priori*. El primer paso en cualquier reflexión sobre los problemas de ordinario llamados económicos es plantear la cuestión epistemológica de si existe o no tal cosa como la economía.

Esto es de lo que debemos darnos cuenta: si este escrutinio de los fundamentos epistemológicos de la economía confirma los postulados de la Escuela Historicista alemana y de los institucionalistas estadounidenses, a saber, que no hay tal cosa como una teoría económica y que los principios sobre los que los economistas han levantado su sistema son ilusorios, entonces los conflictos violentos entre las diversas razas, naciones y clases son inevitables. Entonces la doctrina de la cooperación social pacífica debe dejar paso a la doctrina militarista de la guerra perpetua y el derramamiento de sangre. Los defensores de la paz son unos necios. Su programa brota de la ignorancia de los problemas básicos de las relaciones humanas.

Ninguna doctrina social, salvo la de los economistas «ortodoxos» y «reaccionarios», permite concluir que la paz es deseable y posible. Por supuesto, los nazis nos prometen paz para el momento posterior a su victoria final, cuando todas las demás naciones y razas hayan aprendido que su lugar en la sociedad es el de esclavos al servicio de la raza superior. Los marxistas nos prometen paz para el momento posterior a la victoria final de los proletarios, para ser precisos, en palabras de Marx, después de que la clase trabajadora haya pasado «a través de largas luchas, a través de toda una sucesión de procesos históricos, transformando por completo así las circunstancias como a los hombres»⁴.

⁴ Karl Marx, *Der Buergerkrieg in Frankreich*, Politische Aktions Bibliothek, ed. de Franz Pfemfert, Berlín, 1919, p. 54.

Poco consuelo es éste, en verdad. En cualquier caso, tales postulados no invalidan la afirmación de que los nacionalistas y marxistas consideran que el conflicto violento de intereses de grupo es un fenómeno necesario de nuestro tiempo y de que atribuyen un valor moral tanto a la guerra internacional como a la guerra de clases.

IV

El hecho más destacable en la historia de nuestra época es la rebelión contra el racionalismo, la economía y la filosofía social utilitarista; es, al mismo tiempo, una rebelión contra la libertad, la democracia y el gobierno representativo. Es habitual distinguir dentro de este movimiento un ala izquierda y un ala derecha. Esta distinción es espuria. La prueba de ello es que resulta imposible clasificar en cualquiera de estos grupos a los grandes líderes del movimiento. ¿Fue Hegel un hombre de izquierdas o de derechas? Tanto la izquierda como la derecha hegelianas estaban, sin duda, acertadas al referirse a Hegel como su maestro. ¿Fue George Sorel un izquierdista o un derechista? Tanto Lenin como Mussolini eran discípulos intelectuales suyos. Se suele ver a Bismarck como un reaccionario. Sin embargo, su esquema de seguridad social es la cumbre del actual progresismo. Si Ferdinand Lassalle no hubiese sido hijo de padres judíos, los nazis lo habrían considerado el primer líder obrero alemán y el fundador del partido socialista alemán, uno de sus más grandes hombres. Desde el punto de vista del verdadero liberalismo, todos los partidarios de la doctrina del conflicto forman un partido homogéneo.

La principal arma empleada por los antiliberales tanto del ala derecha como de la izquierda es denigrar a sus adversarios. Al racionalismo lo llaman superficial y ahistórico. Califican el utilitarismo de sistema mezquino de ética de especuladores. En los países no anglosajones, además, lo consideran un producto de la «mentalidad traficante» británica y de la estadounidense «filosofía del dólar». Se desprecia la economía por ser «ortodoxa», «reaccionaria», «realismo económico» e «ideología de Wall Street».

Es triste que la mayor parte de nuestros coetáneos no estén familiarizados con la economía. Todos los grandes tópicos de las actuales

controversias políticas son económicos. Incluso si estamos dispuestos a dejar de lado la cuestión fundamental del capitalismo o el socialismo, debemos comprender que los tópicos discutidos a diario en la tarima política sólo pueden entenderse por medio del razonamiento económico. Sin embargo, la gente, incluso los líderes civiles, políticos y editores, rehúye cualquier estudio económico serio. Están orgullosos de su ignorancia. Temen que familiarizarse con la economía pueda interferir con la cándida seguridad en sí mismos y la autocomplacencia con la que repiten eslóganes improvisados.

Es muy probable que no más de uno de cada mil votantes sepa lo que los economistas dicen sobre los efectos de los salarios mínimos, ya se establezcan por decreto del gobierno, ya por la presión y coacción de los sindicatos. La mayor parte de la gente da por sentado que imponer salarios mínimos por encima del nivel salarial que se habría establecido en un mercado laboral libre de trabas es una política beneficiosa para todos aquéllos deseosos de cobrar un salario. Ni siquiera sospechan que tales salarios mínimos conducirán al desempleo permanente de una considerable parte de la potencial mano de obra. No saben que incluso Marx negó de manera categórica que los sindicatos pudiesen aumentar los ingresos de todos los trabajadores, así como que los marxistas coherentes de los viejos tiempos, en consecuencia, se oponían a cualquier intento de establecer salarios mínimos. Ni tampoco se dan cuenta de que el plan de Lord Keynes para alcanzar el pleno empleo, respaldado con tanto entusiasmo por todos los «progresistas», se basa, en esencia, en reducir el importe de los salarios *reales*. Keynes recomienda una política crediticia expansiva porque cree que «la reducción gradual y automática de los salarios reales como resultado de subir los precios» no hallará tan fuerte resistencia por parte de los trabajadores como cualquier intento de reducir los salarios nominales⁵. No es demasiado atrevido afirmar que, en lo relativo a este primordial problema, los expertos «progresistas» no difieren de aquéllos con frecuencia descalificados como «reaccionarios

⁵ John Maynard Keynes, *The general theory of employment, interest and money*, Macmillan, Londres, 1939, p. 264. Para un examen crítico de esta idea véase Albert Hahn, «Deficit spending and private enterprise», *Postwar readjustments bulletin*, núm. 8, Cámara de Comercio de los Estados Unidos, pp. 28-29.

embaucadores de los trabajadores». Entonces, empero, la doctrina de que persiste un conflicto de intereses irreconciliable entre empleadores y empleados pierde toda su pretendida fundamentación científica. Un incremento de los salarios prolongado en el tiempo para todos aquéllos deseosos de cobrar salarios sólo puede alcanzarse por medio de la acumulación de capital adicional y la mejora de los modos técnicos de producción, lo que resulta posible gracias a esta riqueza adicional. Los intereses bien entendidos de empleadores y empleados coinciden.

No es menos probable que tan sólo algunos pequeños grupos adviertan que la razón por la que los librecambistas se oponen a las diversas medidas del nacionalismo económico es que las consideran perjudiciales para el bienestar de su propia nación y no, al contrario, que estén deseosos de sacrificar los intereses de sus conciudadanos en beneficio de intereses extranjeros. Está claro que casi ningún alemán, en los críticos años previos al ascenso de Hitler al poder, entendió que aquéllos que combatían el nacionalismo agresivo y ansiaban evitar una nueva guerra no eran traidores, dispuestos a vender los intereses vitales de la nación alemana al capitalismo extranjero, sino patriotas que querían ahorrar a sus conciudadanos el calvario de una absurda carnicería.

La habitual terminología que clasifica a las personas como amigos o enemigos de los obreros y como nacionalistas o internacionales muestra que esta ignorancia económica elemental es un fenómeno casi universal. La filosofía del conflicto está arraigada con firmeza en las mentes de nuestros coetáneos.

Una de las objeciones planteadas contra aquella filosofía liberal que propone una sociedad de libre mercado dice así: «La humanidad no puede volver jamás a ningún sistema pasado. El capitalismo está acabado porque era la organización social del siglo XIX, un tiempo que ya pasó».

Sin embargo, lo que estos presuntos progresistas apoyan equivale a retroceder a la organización social de los tiempos previos a la «revolución industrial». Las múltiples medidas de nacionalismo económico son una réplica de las políticas del mercantilismo. Los conflictos jurisdiccionales entre sindicatos no difieren en esencia de las luchas entre los gremios y posadas medievales. Como los príncipes absolutistas de la Europa de los siglos XVII y XVIII, estos

modernos aspiran a un sistema bajo el cual el gobierno asuma la dirección de todas las actividades económicas de sus ciudadanos. No es coherente excluir de antemano la vuelta a las políticas de Cobden y Bright si uno no ve problema en volver a las políticas de Luis XIV y Colbert.

V

Es un hecho que la filosofía viva de nuestro tiempo es una filosofía de conflicto y disociación irreconciliables. Las personas valoran su partido, clase, grupo lingüístico o nación como supremos, creen que su propio grupo no puede prosperar si no es a costa de otros grupos y no están dispuestas a tolerar ninguna medida que, a su juicio, deba entenderse como una renuncia a intereses vitales del grupo. Así, un acuerdo pacífico con otros grupos no es una opción. Mírese, por ejemplo, la implacable intransigencia del leninismo o del *nationalisme integral* francés o de los nazis. Lo mismo sucede con los asuntos nacionales. Ningún grupo de presión está dispuesto a renunciar ni a la menor de sus pretensiones por consideraciones de unidad nacional.

Es verdad que hay poderosas fuerzas que, por fortuna, aún contrarrestan estas tendencias hacia la desintegración y el conflicto. En este país, el prestigio tradicional de la constitución es un gran factor. Ha cortado de raíz los esfuerzos de varios grupos de presión locales para quebrar la unidad económica de la nación estableciendo barreras comerciales interestatales. Sin embargo, en el largo plazo incluso estas nobles tradiciones pueden mostrarse insuficientes si no las respalda una filosofía social que proclame de manera contundente la primacía de los intereses de la gran sociedad y su armonía con los intereses bien entendidos de cada individuo⁶.

⁶ [Véase Ludwig von Mises, *Socialism, an economic and sociological analysis*, Jonathan Cape, ed. revisada, Londres, 1951, pp. 328-351, y *Theory and history, an interpretation of social and economic evolution*, Yale University Press, New Haven, 1957, pp. 112-146, para un desarrollo más profundo de las ideas presentadas en «The clash of group interests»]. (El texto entre corchetes es la tercera y última nota editorial de 1978. [N. del t.]).

